

CUENTO

UN DIA

Un día abrió su ventana y se encontró con esto: con un día, y de súbito, después de tanto tiempo de vivir esto que llaman un día descubrió que no sabía que hacer de él. El día pensó, debe vivirse sino merece la pena fijarse en él. En su corazón se acumulaba la sangre de sus días felices y también el estupefaciente de sus desgracias. Los días pues eran la génesis de su corazón. ¿Solo del suyo, o los demás se fijaban también en eso? En aquel momento creyó que solo él tenía un corazón con días líquidos con savia derritida de victorias y derrotas, con horizontes en sistole y diastole, con plenitudes y agonías rojas de la esencia colosal de un día, engendro total de la participación del tiempo en el campo infinito de la materia, sacada de la nada del más acá del Pensamiento. Al abrir la ventana entró luz. Se hizo a un lado y la dejó entrar en toda su plenitud. Al fin y al cabo ¿quién era él para esclavizar el principio sublime de toda libertad bien entendida: la luz? Dejarla filtrar por todos sus poros hasta sorber la última partícula luminica quizá le daría calma y hallaría la utilidad a aquel día, cuyo único título, cuyo único mérito delante del hombre — él — era ser esto, lisa y llanamente: un día. Mas pensó, y si este día fuese el engendro de un hecho importante, si en vez de llover, tronar o oír el jadeo angustioso de un moribundo, como el que cerró sus ojos a la sombra y a la miseria el otro día en su escalera, fuera algo verdadera-

mente importante, fuera por ejemplo su muerte la que gestaba aquella luz, aquel cielo y aquellos tejados, mudos de indiferencia a toda partícula de muerte y de expresividad, mas, tantós habían muerto en su escalera desde que el habitaba aquel «ático» hecho de andrajos vivos y de miseria triunfante, que uno más ya no le haría estremecer. Pero podía ser él, sí, él, que no sabía que hacer aquel día, ¿debía morir pues como ejendro mudo? Había oído decir a la Micaela, una andrajosa como él, que Chopin y Mozart habían escrito música para sus exequias, pero que le importaba a él esto, ¿por no saber música se estaría mano sobre mano esperando la muerte? A todo esto se había sentado en una silla, la más confortable — la única — que había en su espléndido «ático» hecho de savia derruida y de escases agónicas. Había pensado alguna vez que podría hacerse de la muerte. De ella creyó no podía hacerse nada pues cuando llega te deja quieto y para hacer algo hay que moverse. Esta quietud te hace inmortal, una inmortalidad hecha polvo para recuerdo de tus propias cenizas.

Continuaba entrando luz. La ventana seguía abierta. Aquel que no sabía que hacer de aquel día seguía pensando que haría de la muerte. Los problemas se le acumulaban. Entretanto el sol quemaba ciegamente los resabios de duda de los pesados tejados, que eran al revez de los sepulcros blanqueados, fuera, todo sordidez, miseria, angus-

tia, lágrimas de una madre por un hijo «ennoblecido» por la maldad; dentro, bondad, faltada de medios materiales, nobleza, provocada por la escasez, dignidad, agobiada por la carestía, ambición, ahogada por la sordidez ambiental que agota las ansias de lucha, y finalmente un embrutecimiento en materia y espíritu, base de una vida falsa que no merecía el nombre de tal.

Mas como pensar en la muerte si ella podía ser engendrada por aquel día que no sabía que hacer de él, cuya luz creía, se había detenido esperando que aquel hombre del «ático» sentado en su silla — la única — decidiera lo que iba a hacer de los trozos de carne viva que encerraba en sus sábanas hechas de rayos solares. ¿Cómo pensar en la muerte y su quietud? ¿cómo pensar en su silencio? ¿cómo pensar en toda la calma que encerraba? si una muerte sin marco es como una honda sin piedra.

La cabeza gacha, los dedos mesando sus mugrientos cabellos, su cerebro intentaba hallar explicación a aquel día que podía ser el último. De pronto le pareció como si se hiciera de noche, los ojos se le nublaron, ¿eran lágrimas? o ¿quizá sería la antesala borrosa de la partida?

Se irguió y trabajosamente intentó levantarse, al hacerlo vió que el sol había llegado al cénit y desesperó de su inutilidad, del vacío de su vida, de la soledad de su paso por la corteza miserable de aquel barrio, hijo de la miseria y de la indiferencia de los que lo habitan. Indiferencia/ él había pasado con indiferencia por la vida se había alojado siempre en el caño de los miserables, había llorado siempre con las lágrimas de los débiles había soñado venganzas con la saña de los cobardes, había sido cobarde con la asiduidad de los mezquinos; ja-

más había conocido otro cielo que la miseria, y el hambre había sido muchas veces el redentor de sus tormentos. Mas en aquellos momentos hubiera querido tener la vista clara para contemplar al cielo, el cielo que era límpido y lejano pero más amoroso que cualquier bienestar en el que hubiera soñado en sus delirios vacuos de espíritu y embrutecidos por la punzante materia hija del soplo físico de la carne, allí donde se hunde la caridad y triunfa el agonico canto del olvido.

Aquel se le antojaba el último cénit. Su soma había empezado el rápido declive cenital. Una de sus mejillas estaba húmeda, eran lagrimas, eran trozos de alma, era el rocío de la victoria de su vida mísera, era el final; el fuego de la vergüenza quemaba los cristales aristados de su dolor; la otra mejilla, impasible, roja de fuego e impotencia se desencajaba en el sórdido alfeizar de la ventana. La calma, la plenitud empezaba a filtrarse por la ventana. La luz ya era dueña de sí misma. El, quizá ya solo era dueño de su final, de un final sin gloria, fatuo de los ambiciosos, sin cariño, consuelo de los débiles, sin medios, escondrijo de los cobardes. El no, solo, allí junto a las vigas de madera que dasificaban el techo hallaría una agonía cuya materialidad le aterraba. Aquel día ya lo sabía, era esto: un día, pero... el último!

La tarde se iba alejando con el último soplo de plenitud. La luz solar en su nostalgia veía acercarse la pétrea negrura de la noche. Sus fuerzas le faltaban, su garganta seca sorbía los últimos ácidos de vida. La luz se fué alejando. Luchaba por permanecer con los ojos abiertos. En aquellos momentos hubiera deseado poder rememerar antes de la partida los momentos felices de su existencia, más, no

Termina en la página siguiente

Periodista Norteamericano
Ha perdido bloque notas.

Características:

Color negro con apuntes de
reportaje en inglés y francés.

Se gratificará. Devolución en esta Administración.